

Religión e identidad. Rómulo Lachatañeré y los estudios afrocubanos

Ada Lescay Gonzalez

El estudio de las religiones cubanas de origen o sustrato africano constituye uno de los ejes centrales de la investigación antropológica en el espacio insular. Las aproximaciones a los aportes teológicos de las etnias africanas datan del inicio de un concienzudo y autóctono acercamiento al legado africano en el escenario cultural antillano. No es hasta los primeros años de la pasada centuria que comienzan a estudiarse con cierta sistematicidad el conjunto de símbolos, pensamientos y acciones heredados de África e insertos en la construcción de una identidad nacional y regional.

La producción literaria de Fernando Ortiz deviene pionera en este sentido. Marcan el inicio de una larga y enriquecedora línea de investigación antropológica que ha llegado hasta hoy. Empero, su continuidad ha estado marcada por la valoración, ampliación y corrección de los principios y las caracterizaciones sociohistóricas enarboladas por Ortiz, especialmente en sus primeras obras. Las premisas de Lydia Cabrera, Rómulo Lachatañeré, Natalia Bolívar, Rafael López Valdés, Joel James, Lázara Menéndez, Abelardo Larduet, por solo citar algunos ejemplos, responden a la indagación ontológica en relación al aporte africano en la estructuración de lo cubano, tomando como centro de atención los presupuestos teológicos.

Valorar o definir los logros de los intelectuales señalados en el ámbito del estudio de las religiones cubanas de origen o sustrato africano puede ser una empresa ardua, que requiere de mucho tiempo de investigación y un espacio de exposición mayor que el que puede recoger este trabajo. No obstante, el estudio pormenorizado de cada una de estas figuras puede contribuir a esclarecer el lugar de estos en las investigaciones antropológicas cubanas. En este caso, la mirada se dirige a Rómulo Lachatañeré Crombet, uno de los más importantes continuadores de la obra de Fernando Ortiz.

Rómulo Benjamín Lachatañeré Crombet nació el 24 de julio de 1909 en Santiago de Cuba. Era el hijo más pequeño de Gustavo Lachataignerais Peltran y Flora Crombet Cureau; ambos descendientes de familias franco-caribeñas asentadas en la región oriental de Cuba luego del estallido de la rebelión de esclavos en Saint-Domingue.

Tanto su padre como su madre eran portadores de principios independentistas. El primero participó en la última etapa de la guerra emancipadora cubana, en la cual alcanzó el grado de sargento. Su madre era hija de uno de los más destacados jefes de las luchas contra el colonialismo español, el general Francisco Adolfo Crombet Tejera, más conocido como Flor Crombet. Rómulo fue criado bajo la égida de su madre, Flora, debido a que su padre, Gustavo, murió cuando él tenía poco más de un año de edad (Barreal, 2004, p. x).

Realizó los primeros estudios en su ciudad natal. A los trece años solicita ingreso en el Instituto de Segunda Enseñanza de Santiago de Cuba para el curso oficial de 1922-1923. El 16 de septiembre de 1926 alcanzó el título de Bachiller en Ciencias y Letras en ese centro (Cremé, 2011, p. 23). El día 30 del propio mes y año matricula en la Facultad de Medicina y Farmacia en La Universidad de La Habana (Barreal, 2004, p. xi).

De acuerdo con las pesquisas realizadas por el investigador Isaac Barreal (2004, pp. xi-xii), ya en su etapa universitaria Lachatañeré se encontraba interesado en los temas concernientes a la influencia africana en la cultura cubana. Barreal asevera que en este momento el joven santiaguero recopilaba mitos de los yorubas a partir de entrevistas realizadas a practicantes de la Regla de Ocha o Santería en La Habana y sus alrededores.

Aunque para Barreal el joven santiaguero comienza a interesarse en este tópico en la etapa universitaria, no es ocioso señalar que, quizás, sus inquietudes en relación con las prácticas religiosas afrocubanas surgieron en la propia región oriental. Si bien es cierto que pudo haber recibido una educación deudora de las pautas religiosas cristiano-protestantes (Cremé, 2011, p. 23), no se debe perder de vista que nació y vivió los primeros diecisiete años de su vida en una ciudad como Santiago de Cuba, donde la presencia de Cabildos de Nación –posteriormente convertidos en Sociedades de Recreo y Beneficencia– era importante.

El cabildo era el principal espacio de congregación de los africanos traídos a Cuba bajo la condición de esclavos. En su seno se desarrollaban actividades

culturales de diversa naturaleza, ocupando las prácticas de perfil religioso un lugar privilegiado. Lachatañeré pudo haber tenido referencias e interés por las actividades y acciones desarrolladas en los cabildos, especialmente por las prácticas religiosas, desde que vivía en Santiago de Cuba. Aunque, como dice Barreal, comenzara a recopilar información sobre el tema después de trasladarse a estudiar a la ciudad de La Habana.

En su etapa universitaria, el joven comienza una intensa actividad política, encaminada a oponerse a la prórroga de poder del gobierno dictatorial del presidente Gerardo Machado. No puede olvidarse que en 1927 los estudiantes organizaron el Directorio Estudiantil Universitario, en oposición a la prórroga de poderes. En este momento la Universidad se declara en huelga indefinida, pero ante la sumisión del claustro universitario al gobierno *de facto*, son expulsados de este centro de enseñanza líderes estudiantiles como Eduardo Chibás, Gabriel Barceló y José Elías Borges.

Lachatañeré obtuvo el título de Doctor en Farmacia el 18 de noviembre de 1929 (Barreal, 2004, p. xi). Luego de graduado permaneció varios años en La Habana trabajando como técnico de laboratorio en el Instituto de Enfermedades Venéreas. En este período ingresa en las filas del Partido Comunista (Cremé, 2011, p. 24).

Por participar en la huelga de marzo de 1935 guarda prisión. Su militancia y actividades políticas lo llevaron a ser controlado por la policía. Por ello se vio obligado a abandonar la capital y regresar a Santiago de Cuba, donde continúa investigando en torno a las características de la religiosidad popular. Más tarde, viaja a Manzanillo para trabajar como laboratorista clínico en un dispensario privado, propiedad de unos antiguos compañeros de estudios (Cremé, 2011, p. 24).

En la revista *Del Caribe* no. 21 de 1993, fue publicado un texto escrito por Rómulo Lachatañeré para el periódico santiaguero *Diario de Cuba* correspondiente al 27 de noviembre de 1936. El trabajo se titula “La religión santera y el milagro de la Caridad del Cobre”. En este material el autor se ocupa de explicar lo que él llama la identidad entre las formas religiosas correspondientes a la práctica africana y la práctica católica. El joven investigador se auxilia de la identificación de la Virgen de la Caridad del Cobre con la deidad yoruba Oshún, para explicar el proceso mediante el cual

[...] los negros vaciaron el gran caudal de sus supersticiones y creencias –de un contenido religioso elemental, rudimentario– dentro del marco de la religión cristiana, y que después de verificarse la adaptación del negro al cristianismo, era tan profundo el arraigo de estas en el alma negra, que yéndose por encima de toda forma dogmática, han ido a sedimentarse en el subsuelo de la población y le han dado matiz y color a las formas supersticiosas que encarnan el sentir popular del pueblo de Cuba.

Rápidamente, el negro dio carta de ciudadanía a sus orishas, y estableció una perfecta identidad entre estos y los santos del santoral católico, valiéndose para esto, unas veces de la comparación entre las leyendas populares que versaban sobre la vida de los santos y las leyendas y cuentos atribuidos a sus personajes mitológicos; otras, estableciendo la comparación desde un punto de vista meramente objetivo, por la ingenua interpretación de las imágenes de santos, por tener una versión borrosa e incompleta de sus vidas (Lachatañeré, 1993, p. 23).

El fragmento anterior permite corroborar el interés de Lachatañeré por explicar el proceso de formación de lo que posteriormente él denomina Santería o Culto a los Santos. Este tópico sería constante en la producción intelectual del autor. Sobre este punto se ampliarán algunas ideas en las páginas sucesivas.

De 1936 solo se ha localizado este artículo, pero la compilación de Isaac Barreal contiene dos cuentos afrocubanos recogidos por Lachatañeré y publicados en la revista *Polémica*, unos meses antes de la aparición del texto referenciado. Ellos son “La fiesta de Changó” y “La caída del casto Orisaoco”.

El primero narra la venganza de Changó contra Eleguá, debido a que este último –poseído por la gula– lo había dejado sin comida durante un güemilere o fiesta de los tambores. Changó, como represalia, organiza otra fiesta con la complicidad de Ogún. Cuando Eleguá va a buscar su comida es encerrado durante tres días y sus tres noches, sin alimentarse, ni ver la luz. Pasado este tiempo, Changó lo libera luego de corroborar que aprendió la lección. En la narración también se hace alusión a otros orishas como Yemayá, Oshún, Obatalá, Oyá y Orúmbila.

El segundo, cuenta cómo Yemayá sedujo a Orisaoco para que este le confesara el secreto sobre el cultivo del ñame. La potestad de sembrar este alimento, tan apreciado por los santos, fue conferido por Obatalá a Orisaoco. Este último, envilecido por los encantos de la “reina de los mares”, Yemayá, le enseña el secreto para cultivarlo y esta, a su vez, se lo hace saber a su hijo de crianza Changó. Obatalá le reclama a Orisaoco por la escasez de ñame, pero él no se atreve a confesar que ha sido víctima de un engaño. Changó aprovechando las circunstancias y siguiendo los consejos de Yemayá, le ofrece los ñames cultivados por él a Obatalá a cambio de los tambores. Luego del güemilere, Changó devuelve los tambores, pero por una trastada de Yemayá, Obatalá le concede los tambores a Changó por siempre.

Ambas narraciones formaban parte de ese cúmulo de historias que Lachatañeré iría recreando mientras investigaba en torno a la herencia yoruba en la cultura cubana. En 1938 publica su primer libro, bajo el título de *¡Oh, mío Yemayá!* Este texto vio la luz gracias al trabajo del promotor cultural Juan Francisco Sariol, quien era propietario de la imprenta El Arte, entidad ubicada en Manzanillo (Barreal, 2004, p. xii).

¡Oh, mío Yemayá! es el resultado de esa ardua labor que el joven venía realizando con el fin de recopilar un buen número de cuentos afrocubanos que formaban parte del corpus de creencias populares relacionado con el panteón de los orishas. En sus páginas pueden encontrarse relatos que tienen a Agallú Solá, Changó, Oshún, Yemayá, Ogún Arere, Ochosi de Mata u Orúmbila como sus protagonistas.

La exégesis de cada una de estas historias no lleva al lector a una devoción por la deidad yoruba, sino a una valoración de la condición humana en cada uno de estos seres antes de erigirse en figuras de culto por la Santería o Regla de Ocha. La codicia, los celos, el egoísmo, la lujuria, el incesto son algunos móviles de estos personajes. Los efectos de cada uno de estos males los conducen a acciones muy alejadas de lo religioso y muy cercanas a las miserias y las riquezas de la naturaleza humana.

Al finalizar el ciclo narrativo sobre los episodios de la vida de los orishas el autor reproduce una serie de cantos dedicados a estos, parte importante de la dramaturgia del güemilere. Por último, el texto contiene un glosario de términos yorubas empleados por el joven investigador, indistintamente, en cada uno de sus relatos.

De acuerdo con las fuentes bibliográficas consultadas, todo parece indicar que Lachatañeré viajó hacia los Estados Unidos en 1939. Al parecer, los primeros años de vida en este país fueron bastante difíciles debido a que carecía de estabilidad laboral. Establece su hogar en Nueva York, junto con la cubana Sara Carranza, quien se encontraba radicada en esta ciudad desde el año anterior (Barreal, 2004, p. XIX).

En Estados Unidos continuó investigando sobre los componentes africanos en la formación de la cultura cubana, lo que lo llevó a escribir el libro *Manual de santería*; texto que envió a Cuba y fue publicado en 1942 bajo el sello de la Editorial Caribe en La Habana.

En el prefacio del libro señala que la intención de ese trabajo es acercarse a las creencias afrocubanas desde un nuevo ángulo, contrastar las interpretaciones antropológicas realizadas hasta ese momento de las prácticas religiosas afrocubanas con las propias apreciaciones de los practicantes, sus deducciones lógicas y las especulaciones filosóficas aplicadas en el manejo de sus cultos (Lachatañeré, 2014, pp. VII-VIII). Asimismo, el autor destaca que el libro se concibió a partir de materiales recopilados en La Habana y Santiago de Cuba. En ambos escenarios tuvo la posibilidad de entrevistar y compartir experiencias con sacerdotes, en particular, y practicantes de la santería, de manera general.

En la primera parte del texto, define la Santería, como “el sistema religioso de los afrocubanos” (Lachatañeré, 2014, p. 1). Describe su origen aseverando que:

Del contacto entre las religiones africanas y el catolicismo, surgió una deidad novísima, consecuencia del sincretismo entre las deidades africanas y los santos del panteón católico, a la cual se le dio el nombre de santo; así como a la nueva forma de adoración nacida en este proceso, se le dio el nombre de santería. De suerte que esta, agrupando las distintas creencias africanas transformadas en el ambiente –tomando conformación afrocubana–, ha de reconocerse como la expresión de un sistema de cultos con características locales –en lo que a Cuba se refiere–, y cuyo elemento esencial responde a la adoración del santo o la original deidad nacida en el sincretismo, predominando en los cultos un rasgo determinante que está medido por el grado y carácter específico de la amalgama

en las distintas localidades de la Isla donde estas creencias se manifiestan (Lachatañeré, 2014, p. 2).

Nótese cómo en estas líneas Lachatañeré muestra una mayor capacidad para sintetizar el proceso de formación de la Santería, y cómo se despoja de apelativos o denominaciones denigrantes sobre las prácticas religiosas africanas. En el fragmento reproducido con anterioridad correspondiente al artículo de 1936 “La religión santera y el milagro de la Caridad del Cobre” puede verse, claramente, la evolución en las capacidades valorativas del investigador.

Allí califica a las prácticas religiosas africanas como supersticiones y creencias de contenido elemental y rudimentario. Añade que estas se inscribieron en el marco de la religión cristiana, de manera que se produjo una adaptación del negro al cristianismo. Considera que hubo una perfecta identidad entre los orishas y los santos del santoral católico, identidad concebida a partir de la comparación de las leyendas o los cuentos de estos personajes mitológicos.

Al analizar estas ideas puede verse que en sus primeros textos Lachatañeré no escapa de los desacertados y discriminatorios calificativos al uso en la época para referirse a las prácticas religiosas de origen africano. Asimismo, puede percibirse un análisis mecánico del proceso de gestación del sistema religioso cubano. Cuando alude a la “adaptación del negro al cristianismo” o de la “perfecta identidad entre orishas y santos católicos” muestra un análisis epidérmico de este proceso cultural.

Estas dificultades son superadas seis años después en el *Manual de santería*. En este libro explica la gestación de la Santería a partir del contacto de las religiones africanas y el catolicismo, desechando calificativos como supersticiones o creencias para referirse a lo religioso de raíz africana. De igual modo, desecha la idea de la identidad entre los orishas y los santos católicos y alega que el contacto entre ambos condicionó el surgimiento de una “deidad novísima”, consecuencia del sincretismo de las dos anteriores. La adoración a estas nuevas deidades, así como el conjunto de premisas y liturgias que la sustentan fueron calificadas por Lachatañeré como Santería. Para él, este sistema de cultos era un fenómeno netamente cubano y sus expresiones podían variar de acuerdo con la región de Cuba donde se practicara.

El *Manual de santería* contiene, de igual modo, un capítulo dedicado al panteón lucumí, en el que describe características generales de algunas de las deidades que pudo conocer durante su trabajo de campo: Olofi, Obatalá, Baba-lu-Ayé, Orúmbila, Ogún, Agayú, Orisaoco, Oyá, Ikú, Inlé, Obeyes, Ochosi, Osain, Osun. Luego, dedica los capítulos sucesivos al Dueño de los Caminos: Eleguá y a los llamados Niños de la Simpatía: Changó, Oshún y Yemayá. Más adelante, describe el lugar que ocupan los ángeles guardianes o las deidades protectoras para los que se acercan a la Santería. Explica cómo entre la deidad protectora y el acólito se produce una especie de relación maternal o paternal, en el cual la deidad protegerá a su hijo en todas las situaciones de la vida, “será su cabeza o guía intelectual para abrirle el entendimiento y encaminarlo hacia una vida sin trabas” (Lachatañeré, 2014 p. 24).

El capítulo siguiente está dedicado al Oráculo del Di-logún, “instrumento oficial y retribuido por el cual la deidad, controlada conscientemente por el sacerdote convertido en adivino, establece un nexo estrecho no con el cliente, pero sí con las reacciones de este con el ambiente” (Lachatañeré, 2014, p. 48). El Di-logún es un sistema de adivinación constituido por dieciséis caracoles o conchas. Cuando el creyente acude al sacerdote para consultarles a las deidades qué camino o decisión tomar para solucionar alguna dificultad en su vida, el sacerdote le echa los caracoles. De acuerdo con las posiciones de estos así serán los “Odu” o Caminos de las deidades quienes, utilizando al sacerdote como vía de comunicación, le dirán al creyente qué posibilidades tiene para solucionar sus problemas.

En el último capítulo del texto realiza una importante distinción entre lo que significa la brujería o el echar brujería para los practicantes de la Santería y lo que ha sido calificado o entendido como tal por los estudiosos de esta práctica religiosa. Sostiene que la brujería o el acto de echar brujería “son dos ingredientes de las creencias afrocubanas” (Lachatañeré, 2014, p. 60). Describe cómo para un santero la brujería “constituye una práctica conducente a causar calamidades” (Lachatañeré, 2014, p. 60). Los que llevan a cabo estas prácticas se conocen como “brujos” y difieren totalmente del código ético de los santeros.

Obvio es decir que la santería mantiene en ancho margen la técnica de echar brujería, pero a su vez la discrimina en un grado tan

saliente, que es fácil notar la diferencia. Jamás se mezclan, constituyen “la mezcla del aceite y el agua”.

Por otra parte, la santería combate la técnica de echar brujería y contiene los ingredientes más eficaces para destruir el poder mágico de la brujería... (Lachatañeré, 2014, p. 63).

Véase la intención de demostrar cómo entre los practicantes de la Santería la brujería es un elemento que marca las acciones de algunos individuos, pero no es la parte constitutiva de la práctica santera. Posición asumida por el autor con el propósito de señalar que el uso del término brujería para referirse a las creencias afrocubanas es desacertado. Esta idea será ampliamente explicada en su texto “Las creencias religiosas de los afrocubanos y la falsa aplicación del término brujería”, al que se hará referencia más adelante.

Para 1941 ya el joven investigador había escrito y publicado una buena parte de su trabajo *El sistema religioso de los lucumí y otras influencias africanas en Cuba*. Este texto estaba constituido por un grupo de ensayos que vieron la luz en la revista *Estudios Afrocubanos*. En su tercer volumen, correspondiente al año 1939, se publicaron los siguientes ensayos: “Nota histórica sobre los lucumí”, “Tipos étnicos que concurrieron en la amalgama”, “Notas sobre la formación de la población afrocubana”, así como “Las creencias religiosas de los afrocubanos y la falsa aplicación del término brujería”. Luego, en el volumen IV de 1940, fue publicado el texto “La influencia bantú-yoruba en los cultos afrocubanos”.

Por razones económicas la revista tuvo que suspender, temporalmente, su publicación. En 1946 cuando volvió a ser editada, el nombre de Rómulo Lachatañeré también se encontraba entre sus páginas. En esta quinta entrega se publicó su ensayo “El panteón lucumí”.

El sistema religioso de los lucumí y otras influencias africanas en Cuba es un valioso texto que permite esclarecer algunos aspectos relacionados con la historia de la mayor de las Antillas. En sus páginas pueden encontrarse interesantes reflexiones sobre el origen étnico de los negros africanos traídos a Cuba en condición de esclavos, así como su contribución a la formación de la población cubana. De igual manera, cada una de sus líneas legitima la herencia africana en la cultura cubana, oponiéndose a prejuicios, estereotipos y discriminaciones que afectan la certera comprensión

de las dinámicas que definen o caracterizan este legado. El ensayo pondera el estudio del aporte yoruba o lucumí a la cultura de la Isla, en especial en el ámbito de lo religioso, abriendo un camino de posibilidades para la investigación sobre la incidencia de lo africano en la gestación de lo cubano.

Para evaluar el lugar de Rómulo Lachatañeré en los estudios sobre religiones cubanas de origen africano es indispensable analizar los trabajos “Las creencias religiosas de los afrocubanos y la falsa aplicación del término brujería” y “Tipos étnicos que concurrieron en la amalgama cubana”; que, tal como han sido referenciados con anterioridad, forman parte del texto *El sistema religioso de los lucumí y otras influencias africanas en Cuba*.

En “Las creencias religiosas de los afrocubanos y la falsa aplicación del término brujería” el autor expone las razones por las cuales el uso del término “brujería” resulta desacertado para referirse a las prácticas religiosas de los afrocubanos. Parte de un análisis sociohistórico que toma como punto inicial la amalgama entre los elementos culturales de los pueblos africanos durante el periodo esclavista. El joven etnógrafo destaca cómo algunos de estos elementos se incorporaron a la “cultura tipo cubano en formación” y otros se mantuvieron y evolucionaron en la población afrocubana.

En los del primer caso (“cultura tipo cubano en formación”), señala los vestigios negros observados en las artes vernáculas y en otras de más depuradas y elevadas formas artísticas, además de otras manifestaciones sociales que duermen en la subconsciencia. En los del segundo (“los que evolucionaron en la población afrocubana”), menciona todo lo que contribuye a la modelación del carácter y manifestaciones vitales del núcleo afrocubano de la población. Argumenta cómo la continuidad de las prácticas africanas en el nuevo escenario se encuentran condicionadas por el número de personas introducidas en la Isla, pero también por la calidad de tales prácticas; aspecto que confirma la mirada respetuosa en relación a las culturas africanas.

El intercambio entre los elementos religiosos africanos y las prácticas católicas dio origen a otro tipo de cultos que fue clasificado por Lachatañeré como afrocubano, pero que en realidad no es más que la consecución sociohistórica, simbólica y cultural de lo cubano. En términos fácticos, el intercambio entre lo teológico europeo y lo africano se expresó en la yuxtaposición nominal, espiritual y mítica entre las deidades africanas

y los santos católicos. De tal suerte, surge una nueva figura de culto, en la que subyace y coexiste una simbiosis real y simbólica que construye y define nuevas identidades. El conjunto de cultos surgidos a partir de estos intercambios es catalogado por Lachatañeré como “Culto a los Santos o Santería”, con el objetivo de sustituir el hasta entonces utilizado apelativo de “brujería”.

El investigador respeta y reproduce, tal cual, los términos empleados por los seguidores de estas prácticas. Es el caso de ialosha, yalocha o balawo por solo citar algunos ejemplos. Pero es, sin duda, su apego al término de santería para referirse al conjunto de cultos afrocubanos el mayor aporte de este texto. No resulta difícil dilucidar que para Lachatañeré lo más importante es tener un acercamiento objetivo en relación a los cultos afrocubanos. Esto lo lleva a despojarse de denominaciones o clasificaciones externas, que menoscaban o alteran el sistema de significados inherentes a estas expresiones.

Para llegar a esta sustitución conceptual, evaluó la anterior denominación para referirse a estas prácticas. En varios momentos expresa su desacuerdo con el uso del vocablo brujos por parte del investigador cubano Fernando Ortiz, quien había publicado el libro *Los negros brujos* en 1906.

Lachatañeré realiza un acercamiento histórico al uso del vocablo brujería. La introducción de este término estuvo asociada con la traducción un tanto literal de fetiço, vocablo empleado por los portugueses de la época del descubrimiento para designar los objetos de adoración de los africanos. Posteriormente, se utilizó para referirse a cualquiera de las manifestaciones religiosas gestadas en el Nuevo Mundo.

Rememora, también, el empleo de la denominación brujo en las antiguas sociedades africanas. Asevera que en estas comunidades estaban bien definidos los roles del sacerdote y el brujo. Este último era considerado un agente antisocial o perturbador, un desnaturalizado cuyos actos criminales merecían toda repulsión.

Empero, los escasos y epidérmicos estudios sobre las culturas africanas en aquel momento, así como las dinámicas y funcionamientos de la empresa colonial determinaron el uso del apelativo “brujería” en su acepción occidental. Este se encuentra marcado por prejuicios religiosos que descartan todo aquello alejado de la práctica católica. El uso del apelativo

“brujería” responde a las generalizaciones impuestas por la política colonial en su afán de llevar a buen término sus objetivos. El desconocimiento o la negación de los valores correspondientes a las culturas dominadas, así como el empleo acrítico de definiciones o clasificaciones occidentales para evaluarlas determinaron la paulatina estructuración de prejuicios en torno a la población negra. Son estos últimos los que menoscaban las características físicas e intelectivas de este grupo social.

Las investigaciones científicas —en el escenario insular— sobre la población negra y sus respectivas prácticas culturales se corresponden a los inicios del siglo xx. Fue Fernando Ortiz el principal gestor y promotor de estas aproximaciones. Pero sus primeros trabajos sobre estos temas poseen limitaciones de índole conceptual; aspecto relacionado con la ausencia de anteriores indagaciones sobre estas prácticas. El texto de Lachatañeré se erige como una especie de continuidad de la obra de Ortiz alrededor de estos tópicos. Sus observaciones sobre la “santería *versus* brujería” se opone a prejuicios asociados con la idea de que los llamados afrocubanos no poseen religión alguna, así como a estereotipos en los que se califica a todos los negros de brujos o practicantes de la magia negra.

Por otro lado, en “Tipos étnicos que concurrieron en la amalgama cubana”, Rómulo Lachatañeré realiza importantes aportes al estudio de los grupos étnicos africanos traídos a Cuba durante la etapa esclavista. Fernando Ortiz ya había descrito en su libro *Los negros brujos* (1906) la posible procedencia geográfica de los esclavos africanos importados a la mayor de las Antillas. Luego, en *Los negros esclavos* (1916) distingue la procedencia étnica de estos, tomando como referencia la bibliografía disponible de la época, las fuentes de archivo y el trabajo de campo realizado. Sin embargo, no es hasta la aparición de “Tipos étnicos...” que los intentos por agrupar o clasificar, culturalmente, las diversas etnias africanas que se fusionaron en tierras cubanas alcanzan una mayor profundidad (Cremé, 1994).

En este sentido, Lachatañeré no se conforma con distinguir las diferentes etnias africanas, también logra clasificarlas de acuerdo con la unidad y las diferencias lingüístico-culturales existentes entre ellas. Es así como llega a reconocer seis grupos étnicos: el Lucumí, donde se encuentra, igualmente, el subgrupo arará; el Congo, el Carabalí, que contiene dos subgrupos: el sudanés y el semi-bantú; el Mandinga, el Ewe-Tshi y el Hamito-Negroide. Más adelante, señala como cada uno de estos grupos estaba constituido

por un importante número de pueblos. El grupo Lucumí, por ejemplo, incluía a Egbados, Fée, Eyó, Ejibo, Ijave, Oba, Ijesha, Mahín y Engüey. El subgrupo sudanés, de la etnia carabalí, estaba constituido por los pueblos Ibo, Oru, Abaja, Isú, Ekkpahia y Breeche. Por su parte, el subgrupo semi-bantú incluía a los ibibios y los efik. El grupo Mandinga aglutina a los pueblos Quisi, Maní y Bambara. El grupo Ewe-Tshi engloba a Dahomes, Mahee, Fantis, Ashante y Minas. Por último, el grupo Hamito-Negroide incluye a los pueblos Yolof, Fula, Hausas y Berberí.

Más adelante, realiza algunas generalizaciones sobre la distribución en la Isla de los grupos antes descritos. Los tres que predominaron fueron el Congo, el Lucumí y el Carabalí. De manera que fueron estos quienes mayor incidencia tuvieron en la formación de la cultura cubana. Igualmente, en la región occidental de Cuba, predominó la importación de esclavos africanos del grupo Lucumí, “siguiéndolos en grado de proporción los congo y los carabalí (combinaciones ibo-ijaw y ekoi-ibibio)” (Lachatañeré, 2004, p. 176). En la región oriental, por su parte, “la masa de esclavos estuvo constituida por los congo en primer término, siguiéndolo en orden la combinación de los carabalí, y en último extremo los lucumí” (Lachatañeré, 2004, p. 176).

En las líneas sucesivas el autor afirma que la distribución de la mano de obra esclava estaba determinada por los niveles de productividad económica de la región. “Por consiguiente, los sitios donde se hicieron mayores desembarcos de bozales fueron La Habana y Matanzas en Occidente, así como Santiago de Cuba en Oriente” (Lachatañeré, 2004, p. 176).

Investigaciones posteriores han demostrado que las aseveraciones de Rómulo Lachatañeré eran correctas. En un texto de la historiadora Zoe Cremé Ramos (1994) titulado *Pesquisaje sobre la procedencia de los esclavos en la jurisdicción de Cuba entre 1792-1838* puede corroborarse la tesis de Lachatañeré sobre el predominio en la región oriental del grupo congo. Zoe Cremé logra recopilar información de un total de 7 236 esclavos, de los cuales un 60,93 % es africano. De ellos, el 68 % corresponde a los pueblos congo, mongo y motembo, los que responden a la cultura bantú. Por otro lado, las investigadoras Rebeca Calderón, Elsa Almaguer y Milagros Villalón (2000) publicaron un artículo titulado “Bantúes en la jurisdicción de Cuba: consideraciones tipológicas”, en el cual recogen información de un total de 11 111 esclavos en el periodo que va de 1823

a 1855. Aseveran que las etnias predominantes en la jurisdicción de Cuba son la conga, la carabalí y la mandinga.

Al examinar la obra de Rómulo Lachatañeré puede corroborarse que su nombre es imprescindible al referenciar, describir o evaluar los estudios afrocubanos y las investigaciones antropológicas en la mayor de las Antillas. La recreación que realizara de los mitos yorubas en su libro *¡Oh, mío Yemayá!* siguen siendo de obligada consulta para investigadores y practicantes de las religiones cubanas de sustrato u origen africano. Asimismo, sus consideraciones en relación a la necesidad de asumir el vocablo santería, en sustitución del término brujería, continúan teniendo una total vigencia. No olvidemos que el legado yoruba, de manera general y la santería de modo particular, se han convertido en fenómenos culturales translocales.

Finalmente, sus pesquisas sobre las etnias africanas llegadas a Cuba durante el período de la esclavitud fue el primer intento en favor de la determinación de la unidad y diversidad lingüístico-cultural entre los pueblos africanos esclavizados. Sin embargo, es preciso continuar profundizando en la obra de este autor con el propósito de esclarecer aún más su lugar en la antropología cubana.

Referencias

- BARREAL, I. (1993). Un cuento de Rómulo Lachatañeré. *Del Caribe*, 20, 108-109.
- BARREAL, I. (2004). Prólogo. En Lachatañeré, R., *El sistema religioso de los afrocubanos* (pp. VII-XXXVI). La Habana: Ciencias Sociales.
- CALDERÓN, R., ALMAGUER, E. Y VILLALÓN, M. (2000). Bantúes en la jurisdicción de Cuba: consideraciones tipológicas. *Del Caribe*, 31, 60-65.
- CREMÉ, Z. (1994). *Pesquisaje sobre la procedencia de los esclavos en la jurisdicción de Cuba entre 1792-1838*. Santiago de Cuba: Colección Santiago de Cuba.
- CREMÉ, Z. (2011). Rómulo Lachatañeré y los estudios de religiosidad popular, *Del Caribe*, 55, 21-29.
- LACHATAÑERÉ, R. (1993). La religión santera y el milagro de la Caridad del Cobre. *Del Caribe*, 21, 79-81.

- LACHATAÑERÉ, R. (2004). *El sistema religioso de los afrocubanos*. La Habana: Ciencias Sociales.
- LACHATAÑERÉ, R. (2014). *Manual de santería*. La Habana: Ciencias Sociales.
- ORTIZ, F. (2016). *Correspondencia 1940-1949*. La Habana: Fundación Fernando Ortiz.